

Los Toros en el Cine y el Teatro



INSTITUTO
TECNOLÓGICO
AGRARIO

Junta de Castilla y León
Consejería de Agricultura y Ganadería

Autor:

Javier Villán

Coordinadores:

Rebeca Hernández García,

Raquel Posado Ferreras,

Daniel J. Bartolomé Rodríguez,

Juan José García García



INSTITUTO
TECNOLÓGICO
AGRARIO

Junta de Castilla y León
Consejería de Agricultura y Ganadería

LOS TOROS EN EL CINE Y EL TEATRO

Edita: Instituto Tecnológico Agrario de Castilla y León

© Copyright: Instituto Tecnológico Agrario de Castilla y León

Fotografía: Gentileza de Basilio Cantalapiedra
Instituto Tecnológico Agrario de Castilla y León

Los Toros en el Cine y el Teatro

Cuando se habla de los toros en el cine siempre hay a punto una respuesta lapidaria: una españolada. Se constatan así dos supuestos; uno, que las corridas son netamente españolas y otro que, como materia cinematográfica, resultan poco menos que deleznable. Lo primero puede ser verdad; lo segundo lo es menos. Los toros no sólo han tentado al folclorismo patriótico, sino a grandes ingenios extranjeros. Hay quien calcula en medio millar los filmes en los que, de una forma o de otra, tangencial o sustancial, el mundo taurino está presente. En quinientas películas, quizá alguna menos, hay naturalmente de todo; del simple apunte documental, a la obra argumental de gran calado. Y, por supuesto, la españolada: esa especie de marca maldita que durante algún tiempo señaló al cine español, de toros y de lo demás: tópicos sobre tópicos. Y hay presencias tan insólitas como la de Oliver Hardy, el gordo de la célebre pareja “el gordo y el flaco”, haciendo de torero conspirador en una cinta de 1920. Más tarde en 1945, Oliver Hardy ya en compañía de Stan Laurel, repetiría suerte en *Toreros*, filme de tono jocosamente ambientado en los sanfermines de Pamplona, que el Gordo y el Flaco, por supuesto, no pisaron nunca.

En casi un siglo de acervo cinematográfico sobre el toro hallamos genios como el soviético Eisenstein, el director de *El acorazado Potemkin*, que rodó en Méjico 24 horas de una película titulada *¡Que viva México!*, que no pudo terminar por falta de financia-



ción. De ese material ingente, aunque inconcluso, se han realizado varios montajes, entre ellos uno de toros titulado *La Fiesta*, una rareza para museos.



La incursión más reciente de la filmografía extranjera es la de Adrien Body, (*El pianista*) haciendo de Manolete, con Penélope Cruz como Lupe Sino, en el filme de Menno Meijes. La fuerte personalidad de Manuel Rodríguez, atrae también a Abel Gance en 1944, y más tarde *Brindis por Manolete* (1947) a Florian Rey, marido de Imperio Argentina, pareja que había coqueteado descaradamente con Hitler y el nazismo. *Carmen*, la cigarrera de Sevilla, y el torero Escamillo ha sido objeto de más de veinte versiones.



A la novela *Sangre y arena*, de Blasco Ibáñez le cupo el honor de contar en su traslado al cine, varias versiones, con Rodolfo Valentino, Anthony Quinn, Rita Hywort y Tyrone Power, entre otros. En 1989 Javier Elorrieta rodó una tórrida *Sangre y Arena*, con Sharon Stone, Christopher Rydell, Ana Torrent y Antonio Flores. Tyrone Power estuvo también en la peripecia hemingwaiana y sanferminera de *Fiesta*, (1957) dirigida por Henry King, con Mell Ferrer, Ava Gardner, Errol Flynn y Robert Evans. Ninguno de los protagonistas, salvo Ava Gardner, pisó Pamplona, donde se enviaron cámaras para grabar ambiente y encierros. Las estrellas sanfermineras de aquellos días fueron Orson Wells, Ernest Hemingway, Antonio Ordóñez, Luis Miguel Dominguín y una generosa Ava Gardner que prodigaba sus dones amatorios entre todas las clases sociales españolas.

De 1955 es *La gata*, primera película de toros en color rodada en España y dirigida por una mujer, Margarita Aleixandre. La protagonizaron Aurora Bautista y Jorge Mistral y la directora consiguió en parte su propósito de escapar a los tópicos de la clásica española. Este género tan racial y que nutría de argumentos a muchos extranjeros, siempre estuvo presente en la iconografía hispana. Ahí están películas de neto sello español como *Currito de la Cruz* o *El niño de las Monjas*, historias de hospicios y pobrezas, lucha por el triunfo como identidad social, clasismo putrefacto y enredos sentimentales sin solución o con una solución demasiado previsible.





Mario Moreno Cantinflas hizo parodias taurinas en *El torero* y, parafraseando el título de Blasco Ibáñez, en *Ni sangre ni arena*, filme de inverosímiles enredos suplantando a Manolete; en *La vuelta al mundo en 80 días*, Mario Moreno rinde homenaje a la Fiesta con una corrida en Chinchón. Nombres como Sharon Stone, Bo Derek, Ava Gardner, Errol Flin, Rouben Mamoluián, Robert Rossen, Francesco Rosi y otros muchos figuran en cintas de mayor o menor relieve. Ava Gardner descubrió España, el toreo y los toreros en *Pandora y el holandés errante*. Y tuvo un romance con Mario Cabré, torero, poeta y actor, cuyo corazón asaltó primero y rompió después. En cualquier caso todos estos nombres valen para subrayar que las películas de toros no son simples españoladas y tienen otras dimensiones más profundas.

Entre los nombres señeros españoles que participaron en aventuras taurinas están Paco Rabal que intervino en *Los clarines del miedo*, *Currito de la Cruz*, *Juncal*, serie televisiva debida al talento de Jaime de Armiñán, director asimismo de *La becerrada*; Ra-

bal fue el protagonista también de *A las cinco de la tarde*, dirigida Juan Antonio Bardem basada en *La cornada*, de Alfonso Sastre. Ladislao Vajda, nacionalizado español, firmó *Tarde Toros* y *Mi tío Jacinto* y José María Forqué *Yo he visto la muerte*, que introdujo en el biografismo costumbrista de la figuras, más hondos matices, como el miedo y la reflexión sobre la muerte. *Justino, un asesino de la tercera edad*, un puntillero retirado, de José María Lara, le valió a Saturnino García grandes reconocimientos, entre ellos un Premio Goya de la Academia del cine. Luis García Berlanga y Rafael Azcona tocaron muchas veces el tema de los toros e hicieron de *La vaquilla*, un episodio de la guerra civil, un símbolo del perenne guerracivilismo español. A Jorge Grau se debe *El espontáneo*; al mejicano Carlos Velo, se debe *Torero*, con Luis Procuna, acaso el filme más valorado de la extensa nómina. Pedro Almodovar se acercó al tema en *Hable con ella* y sobre todo en *Matador*, una película surrealista, ritual y violentamente erótica.

Toros y teatro

El teatro ha sido menos prolífico y menos brillante en los toros que el cine. Alusiones, rastros de toros hay en los clásicos que demuestran el arraigo de la corrida y sus variantes en la sociedad española, Lope, Tirso, Calderón....Algo parecido ocurre en si-



glos posteriores con el sainete, los entremeses o zarzuelas como *Pepe Hillo* o *Pan y toros*, homónima del panfleto *Oración apologética en defensa del Estado floreciente de España*, más brevemente *Pan y toros*, atribuido primero a Jovellanos y finalmente a su verdadero autor, León del Arroyal. Pero hasta 1895, según el Cossío, no hay una obra de argumento y desarrollo taurinos, aunque mediocre y sin verdadero fuste: *Juan León*, drama en cinco actos de Eusebio Blasco, que nada tiene que ver con el legendario Juan León, liberal que luchó al lado de Riego. Este Juan León era rival de El Sombrero, absolutista y amigo de Fernando VII. Y esa confrontación sus partidarios la llevaron dentro y fuera de los ruedos. De estas mismas fechas data una comedia en catalán, *Toreros d, hivern*, Antonio Ferrer Codina.

Huellas taurinas, pues, por todas partes; pero ninguna de auténtica importancia: costumbrismo tópico y ramplón. Jacinto Benavente toca el tema tangencialmente en *La gobernadora* y en *La sobresaliente*. Los hermanos Álvarez Quintero no son ajenos al tema y se centran, aparte otras incursiones más anecdóticas, en dos títulos claves de su repertorio sainetero: *El traje de luces* y *Palmas y pitos*. Carlos Arniches tampoco se sustrae a la cuestión a sus personajes populares, la variopinta fauna que puebla mundo tan abigarrado. Pero los toros, como tema argumental, tampoco tienen arraigo en Arniches, salvo en *Las estrellas*, una historia graciosa de frustraciones y fracasos.



En ocasiones las incursiones del teatro en el mundo del toro tienen más ambición. Por ejemplo *Los semidioses*, de Federico Oliver, estrenada en 1914, es una dura crítica al fanatismo irracional de los aficionados, sátira social de largo alcance. Confronta Federico Oliver el fervor popular que suscitan las figuras de los toreros, *semidioses*, con el desdén con que son tratados los héroes y mutilados de guerra.

Miguel Hernández, el gran poeta de la Guerra Civil, colaborador de la enciclopedia taurina el Cossío, escribió en 1934 *El torero más valiente; una tragedia española*, que nada añade a la grandeza de su poesía. Escrita en verso reúne todos los tópicos de valentía, rivalidad, triunfo, fracaso, amor, celos. Como el subtítulo indica, tragedia: muerte de los dos toreros protagonistas y rivales. Y vilipendio para uno de ellos que sólo se redime por la muerte.

Muñoz Seca estrenó en 1915 un obra a la que el Cossío no duda en poner a la altura de los mejores logros del autor de *La venganza de don Mendo*, pese a lo convencional del argumento: vaquero pobre que triunfa como torero y se lleva al huerto a la hermosa ganadera, el ama. En los toros halló el ingenio de Miguel Mihura motivo gozoso para su humor, en *El caso del señor vestido de violeta* (1954). Memorable Fernando Fernán Gómez en un torero retirado que repudia el casticismo y hace alardes de una falsa cultura ridícula y sin fundamento. Trata de acercarse a la aristocracia y a los inte-



lectuales pues está harto de “la leyenda negra de gitanos y churumbeles, de contrabandistas y civiles que destruyen nuestros deseos de progreso y civilidad”. *El caso del señor vestido de violeta* es resultante de una obrita en tres actos del propio Mihura, apenas abocetados y titulada *Una corrida intrascente*. El argumento es similar al de *Zaya*, obra de Ignacio Sánchez Mejías, (1928), en la que el diestro sevillano desarrolla la historia de un torero atípico tan lejos de la idea castiza tradicional como Zarzalejo, el protagonista de Mihura. Como éste, Antonio Zaya, torero retirado y cosmopolita, abomina del casticismo y defiende la honorabilidad de los toreros de la siguiente manera: “Cuando los toreros tenían mala reputación, toda la reputación de España estaba a la misma altura. Los toreros no entraban solos en las tabernas, iban del brazo de la aristocracia”.

La cornada (1959) de Alfonso Sastre, es la aportación del autor madrileño al mundo de los toros, en clave crítica de lucha de clases o, por lo menos, de explotación del débil por el poderoso. La obra fue mal recibida por el taurinismo militante, pero Juan Antonio Barden la llevó al cine con Francisco Rabal de protagonista y obtuvo un éxito razonable: se tituló el filme *A las cinco de la tarde*.



Más recientemente el poeta y dramaturgo José Luis Miranda escribió la historia de un torero fracasado, *Ramírez*, al que le toca la lotería e invierte todo el dinero en montar-se una corrida en La Maestranza, que termina fatalmente. *En el hoyo de las agujas*, también de Miranda, fue Premio Lope de Vega en 1993 y narra la historia de la hija de Ramírez que trata de reivindicar la memoria de su padre. Manuel Galiana, Cristina Higuerras y Victoria Vera fueron los protagonistas.

Gran impresión causó entre taurinos y antitaurinos, *Controversia de toro y de torero*, de Albert Boadella, aficionado militante frente al belicoso y politizado catalanismo anti-taurino. Muchos esperaban una defensa a ultranza de la corrida, desde la sátira iogla-resca anticatalana y lo que hizo el líder de loglars fue una defensa desde la razón; asumió las razones del torero, es decir del aficionado, y consideró las razones del toro, o sea el pensamiento de los enemigos de la Fiesta. Una obra menor, si se quiere, dentro de la espléndida dramaturgia de Els loglars, pero una obra de gran rigor intelectual, conocimiento del tema e insólita en el panorama taurino: espléndidamente interpretada por Ramón Fontseré (el torero) y Xabi Boada (el toro).



La última obra estrenada con fuerte presencia del fenómeno taurico es *La tierra*, de José Ramón Fernández, que también es más que una obra de toros. El desencadenante es la cogida de un torerillo, mientras hace la luna; pero en el fondo, *La tierra* es una tragedia que participa de todos los elementos de uno de los dramaturgos de más calado y proyección de estos momentos: el campo, la memoria, la frontera entre realidad y misterio, la emigración. Y la venganza de la tierra ultrajada. El último texto del que tengo noticia es un sainete del crítico valenciano, Enrique Amat, titulado *El niño de Barrionuevo*. Con humor sin estridencias y conocimiento del tema trata de los abusos y la picaresca que rodea a los incautos novilleros que aspiran a ser alguien en los toros. Novilleros que tienen que pagar a desaprensivos por inciertas oportunidades para ser figuras.